

aunque contra su voluntad, á aceptar la proposición. Con respecto á los privilegios de cada orden se sujetaron enteramente al rey.

De esta manera quedó establecida la monarquía absoluta hereditaria en los reinos de Dinamarca y Noruega. Ahora bien, la *ley real*, dada por el rey en 14 de Noviembre de 1665 sin promulgación, y conocida sólo cuando la coronación de Cristian V, hizo al rey superior á toda ley humana, prohibiéndole sólo tocar á la confesión de Augsburgo, á la cual debía él mismo pertenecer, y también cambiar el orden de sucesión, que era el de línea directa mixta, siendo preferidos los varones á las hembras mientras existiesen. Era, por lo demás, jefe supremo de los asuntos eclesiásticos, nombraba para los empleos, declaraba la guerra, hacia la paz y las alianzas; era dueño de la vida y bienes de sus súbditos. La Dinamarca se sometía voluntariamente á este despotismo por la necesidad de defender su independencia, que amenazaban los suecos. Desde este momento se aumentó su energía, y sostuvo su lugar en el mar en las guerras que siguieron.

Vióse obligado Federico á reformar el gobierno, según lo reclamaba un reino absoluto. Sostuvo un ejército permanente, que acantonó en las tierras de los nobles y de los eclesiásticos, sin consideración á los privilegios; el Senado se convirtió en un consejo; los dominios y prebendas eclesiásticas se reunieron á la corona.

Prestó oídos Federico á los alquimistas, y entre ellos al milanés José Berro y al danés Olaus Borich; pero Berro concluyó en las prisiones del Santo Oficio, y Borich reunió bastantes riquezas para dejar 50.000 rixdales, destinados á la fundación de un colegio de medicina en la capital.

La memoria de Federico, que murió á la edad de sesenta y nueve años, fué querida de los daneses; y una serie de buenos príncipes que le sucedieron, no les hicieron echar de menos la libertad que habían perdido. Marchando Cristian V por las huellas de su padre, conservó á sus ministros. Estableció una compañía de comercio para las Indias Occidentales con el derecho de paz y guerra con respecto á los Estados indios, y otra para la Islandia. Dió gran impulso al comercio, empleando una marina

que era militar en caso de necesidad. Las primeras fábricas de sedas se introdujeron entonces en el país. Copenhague adquirió alumbrado; en 1681 se mandó la unidad de pesos y medidas, y se promulgó un nuevo código para los condados y baronías que se fundasen, como también la orden del Danebrog. Habiendo sido herido Cristian en una cacería, murió á la edad de cincuenta y nueve años (1699).

Tal vez el ejemplo de la Dinamarca, y el esplendor que la monarquía absoluta daba á la Francia, determinaron á Carlos XI á intentar lo mismo en su país. Le era preciso para esto no menos intrepidez que la que había manifestado al frente de los ejércitos, y aquel sentimiento del deber que le hacia compadecerse de los males causados por su padre y por él mismo. Había hecho ya varios tratados con los grandes Estados; el ducado de los Dos Puentes le había cabido en herencia. Su matrimonio con Ulrica Leonor de Dinamarca, aconsejado por la política para unir ambos países, fué una unión sin amor, pero no sin virtud.

Aquel príncipe vió que los sufrimientos dentro del reino procedían de dos males, de la alta nobleza y del Senado: este último cuerpo, de consejo del príncipe que era, había llegado á apoderarse de una gran parte de la soberanía, como intermedio entre el rey y el pueblo, y custodia de la constitución. Trataba de convertir á ésta en una oligarquía, sin dar los empleos más que á los parientes. Ayudábale á esto la alta nobleza, que avara y venal, había dilapidado los bienes de la corona, tanto por las liberalidades de Cristian, como aprovechándose de la minoría de Carlos XI. Todos los personajes de elevada categoría recibían pensiones de las potencias extranjeras para maquinan en favor de la guerra ó de la paz, ó mezclarse en la elección de los reyes de Polonia, al mismo tiempo que estaban exentos de las cargas que pesaban sobre el resto de la nación.

Carlos XI reunió los Estados y les preguntó, si siendo el rey mayor tenía obligación de sostener la forma de gobierno establecida durante su minoría; qué papel desempeñaba el Senado en la constitución, y de qué manera era aquel cuerpo intermedio entre el rey y las cuatro órdenes. La dieta contestó que el rey no estaba unido á ninguna forma de gobierno, y que sólo

á Dios debía cuenta de su administración; que el Senado no formaba un Estado intermedio; emitió el voto de que el rey estableciese una forma de gobierno, é hizo adjudicar á la corona los bienes enajenados por donación, como Carlos X lo había ya dispuesto. Entonces fueron acusados y condenados por concusión los regentes. Apoyó el rey las tres órdenes inferiores que trataban de rebajar al más elevado; al Senado del reino se substituyó uno del rey, y se declaró que la autoridad legislativa pertenecía únicamente al soberano, que de esta manera se encontró monarca absoluto por el voto de la nación.

No abusó Carlos XI de este poder. Hizo, sin consideración á nadie, reducir el interés legal desde el 8 hasta el 5 por 100, lo cual disminuyó la deuda pública. Pero hubo mucha arbitrariedad y abuso en la reforma de la Hacienda: los bienes de los nobles quedaron gravados en una cuarta parte de sus rentas, y los que reclamaron fueron condenados á muerte, pena que se conmutó por la de encierro perpétuo.

De esta manera restableció el rey la Hacienda, y pudo renunciar al impuesto extraordinario. Dirigióse su atención sobre las minas y sobre el comercio; atrajo con privilegios á los negociantes extranjeros y aumentó la marina mercante.

En el reinado de Carlos X, Juan Palmstruch había fundado un banco con dos privilegios (1656): el de establecer en Estocolmo ó en otras partes *lombardos* ó prestamistas sobre prendas, que adelantaban dinero por un año y seis semanas, con un interés de 6 por 100 en las cantidades de 400 rixdales lo ménos, de ocho y un cuarto las de 1.000; lo restante era relativo á un banco de cambio, en el que cualquiera particular podía depositar sumas de 100 escudos en cobre ó 50 ducados en oro, de 100 rixdales, ó de 200 escudos de plata, para los cuales se abría una cuenta corriente de las tres especies.

Esta institución, muy útil al principio, fué después desastrosa para las rentas; pues siendo muy buscados sus billetes, emitió el banco por valor de 2.700.000 escudos. Ahora bien, habiendo vuelto á abundar el dinero, por las reformas de Carlos XI, los billetes perdieron su crédito; resultó de esto que en 1668 declaró el

banco que no podía pagar. Entonces los Estados los tomaron por su cuenta, y se convirtió en banco nacional con una nueva organización.

Carlos no quiso ya sacar la espada, aunque encontrase ocasión de verificarlo. Fué, pues, elegido mediador en 1696, por las potencias beligerantes en la paz de Ryswick. Sóbrio, laborioso, poseído de la idea del poder religioso y de la dignidad real, de una sencillez en su exterior que llegaba al exceso, murió á la edad de cuarenta y un años (1697).

Dejó un hijo de su nombre, de edad de quince años, destinado á desempeñar en la historia uno de los más brillantes papeles, ya que no de los más hermosos, y que en lugar de aprovecharse del vigor que su padre había dado al trono, y cuya odiosidad no recaía sobre él, no hizo uso de él más que para turbar la tranquilidad de los demás y arruinar á su propio país.

CAPITULO XII.

Polonia.

La Polonia tenía que luchar contra la más viciosa de las constituciones, contra los cosacos y contra las potencias vecinas, que desde entonces se proponían desmembrarla. Guiados los cosacos por el hetman Khmielnicki, hicieron de nuevo irrupción (1648) en el país, después de la muerte de Ladislao VII. Habiendo derrotado á los polacos y adelantándose hasta Leopoldis, sacaron al país una contribución de 700.000 florines, sitiaron á Zamosc, é intimaron á la dieta elegir á Juan Casimiro, que, en efecto, después de muchas tempestades, ascendió al trono polaco.

Era hijo de Sigismundo III, rey de Suecia, destronado, y de Constanza de Austria. Había mandado una escuadra española contra la Francia; pero hecho prisionero y encerrado en un castillo fuerte, puesto en libertad después por ruegos de Ladislao, viajó por Italia. Habiendo ido á Loreto, se sintió tan afectado, que entró jesuita y fué después cardenal. Relevado después de sus votos, se ciñó la corona y se casó (1656), pero sin perder nada de su devoción, y de su amor á la orden á que se había afiliado. No pudiendo conseguir nada de los cosacos con

la dulzura, se vió obligado á hacerles la guerra; y trescientos mil de los suyos, á los cuales se unieron ciento setenta mil tártaros, cometieron increíbles asolaciones. Derrotado y cercado Casimiro, se vió obligado á confirmar á sus enemigos sus antiguos privilegios. Incorporó cuarenta mil en sus regimientos, y se comprometió á admitir la religion griega en todo el reino, dando asiento en el Senado al arzobispo griego de Kiev; obligóse además á pagar al khan de los tártaros un tributo de 90.000 florines al año.

Este vergonzoso tratado no tuvo duracion; los tártaros y los cosacos fueron batidos. Desgraciadamente los celos, que sin cesar renacian entre los nobles y el rey, impidieron dar cima á la empresa; y en lugar de exterminar á aquellos salteadores, se adoptaron condiciones ménos deshonrosas, que limitaban á veinte mil hombres el número de los que los polacos tomarian á su servicio. Su hetman Khmielnicki pidió ayuda al czar de Moscovia Alexis Mikhalowitch; y determinado este príncipe, más bien por el deseo de recobrar las provincias separadas de su imperio que por los vínculos del parentesco, recibió á los cosacos bajo su patrocinio (1654). De aquí procedió una guerra con la Polonia, que tuvo que sufrir además un desembarco de los suecos; tanto que fué vencida en todas partes. Concibiendo, sin embargo, recelos el czar de Carlos X, escuchó las proposiciones de Juan Casimiro (1656), y se determinó una tregua, por la cual la Rusia conservó sus adquisiciones, y se unió á la Polonia contra la Suecia. Por su parte el hetman de los cosacos trataba, por el contrario, con la Suecia de dividir á la Polonia entre ellos, admitiendo además en la particion el Brandeburgo, Radzivil, el palatino de Wilna, y á Ragoczy, príncipe de Transilvania. Este último, que aspiraba al título de rey de Polonia, la invadió; pero como la Suecia se vió precisada á acudir al socorro de la Livonia, se encontró solo y no pudo pasar más adelante.

Viejo ya Khmielnicki (1657), hizo elegir por su sucesor á su hijo Jorge, bajo la tutela de Juan Wigohiski, su primer ministro; pero este último supo hacer que los moscovitas le nombrasen su jefe; habiendo reunido despues los sufragios de la descontenta nacion (1658), se rebeló contra sus aliados, é hizo entrar á los cosacos bajo el dominio de la Polonia. Convi-

nose entonces que los tres palatinados de Kiev, Tchernivog y Breslau formaran un ducado particular con el nombre de Rusia, y que la Polonia sería considerada como compuesta de tres naciones, polaca, lituana y rusa.

Al momento marchó el hetman contra los moscovitas; pero entonces otros cosacos descontentos proclaman á Jorge Khmielnicki, que fué confirmado en su dignidad por el czar: resultó de esto que hubo dos hetmanes á la vez, el uno ruso y el otro polaco.

En una palabra, entre la Rusia y la Polonia fueron continuas guerras, en las que los cosacos, unas veces fieles y otras hostiles, segun su capricho, cambiaban la extension del territorio y el poder de los combatientes; las tropas sin subordinacion obligaban á los reyes á mantenerlas constantemente ocupadas en la guerra; los armisticios, los tratados de paz, no eran más que paliativos. Aunque la tregua de Andruschov (1667) estableció la division de los cosacos entre las dos potencias, los debates volvieron á comenzar, y este es el hecho más importante en el Norte en aquella época, y en su consecuencia, la posesion de la Ucrania, que sirve de barrera entre los tártaros y los turcos.

En lo interior la mayoría de la nacion languidecia en una servidumbre deplorable, sin conocer patria y sin alcanzar otro remedio á sus males que la invasion de algun príncipe extranjero, que pronto la desengañaba. El vivo sentimiento de la nacionalidad produjo entre los polacos muchos caracteres heróicos; pero les inspiró desvío hácia las modificaciones que reclamaba el cambio de la civilizacion. La eleccion de los reyes se sacaba, por decirlo así, á su basta; y cuando el voto público llamaba al trono al más digno, la intriga hacia que se pronunciasen en favor de aquel que daba más. La administracion habia llegado á ser un medio de enriquecerse. Sicinoski, nuncio de Lituania (1652), fué el primero en romper la dieta interponiendo su disentimiento, y de aquí procedió el *liberum veto*, en virtud del cual un solo individuo podia oponer obstáculos á los derechos de la mayoría, lo que hacia á las dietas muy tempestuosas y enteramente estériles, pues bastaba que se impusiese un voto para impedir una resolucion.

Añádase á esto las controversias religiosas: el rey era católico, pero se toleraba á los disidentes. Los obispos poseian grandes rentas, y en varias partes habia dos en una misma ciudad: uno latino y otro griego; el clero inferior era poco numeroso; habia ménos conventos que en otras partes, y los prelados tenian asiento en el Senado. Los luteranos se encontraban divididos en varias sectas; los griegos unidos y los griegos cismáticos se odiaban mortalmente. Llamábase *disidentes* á los no católicos, partido numeroso é informe, en el cual los socinianos eran tambien un objeto de odio, aunque se habian aumentado; fueron declarados herejes y excluidos de la libertad del culto, desde que se habian manifestado favorables á los suecos.

Estos últimos, cuando la paz de Oliva, exigieron tolerancia absoluta á los disidentes; pero todo lo que pudieron obtener, fué hacer abolir la pena de muerte pronunciada contra los socinianos.

Condolase Juan Casimiro de tantos males, y pronunciaba en la Dieta estas proféticas palabras: «Hubo un tiempo en el que reinaba la sencillez, el candor, el amor á la justicia, y nuestros padres, aún en medio de las facciones, estaban exentos de las influencias extranjeras; no habia tropas asalariadas, no se conocian los partidos nacidos en los campos y en las confederaciones militares, nunca se habia visto á la fuerza dar un amo á la Polonia; no se preveia el dia en que los Estados vecinos se dividirian la Polonia destrozada por la discordia, y en que la república llegaria á ser presa de las naciones. ¡Quiera Dios que no profetice con exactitud! Pero me parece ver ya el momento en que el moscovita y el cosaco convocarán á todos aquellos de su lengua, y se apropiarán el gran ducado de Lituania; la gran Polonia se abrirá á la ambicion del brandeburgués, y ¿quién sabe si aprovechándose de las armas y de los tratados no pretenderá apoderarse de la Prusia? El Austria, que ambiciona ya la Cracovia, no querrá permanecer con las manos vacías. Estos vecinos quieren mejor poseer un pedazo de la Polonia, que ver á toda la monarquía, bajo el cetro de un príncipe, cuyo poder se ha limitado por las franquicias nacionales.»

Sordos permanecieron los polacos á estas palabras, y hasta se irritaron, porque la consecuencia que sacaba el príncipe era que debian elegir á un rey aún en vida suya. Los ánimos se agriaron en todas partes: las tropas formaron sus confederaciones para hacerse pagar un crédito de 26.000.000 de florines, y aunque se les hizo que se contentasen con ocho, aún pretendieron reformar el gobierno, lo que produjo rebeliones y efusión de sangre.

Un poderoso señor y de gran capacidad, Jorge Lubomirski, se puso al frente de la oposicion (1664), sobre todo para impedir que el sucesor al trono fuese nombrado en vida del rey. Sucumbió y fué condenado á perder el honor y la vida; concedióse su empleo de gran mariscal del palacio á Juan Sobieski. Habiendo conseguido Lubomirski el fugarse, se negó la dieta á deliberar y votar los subsidios para el año, si no se hacia justicia del condenado. Inquietóse el país y Lubomirski volvió con ochenta mil hombres, á los cuales se unieron muchos más: favorecido por la victoria, entró en la Gran Polonia, donde fué bien acogido, y en una batalla campal consiguió ventajas sobre el rey. En fin, los obispos mediaron en un arreglo, y Casimiro prometió olvidarlo todo y no hablar más de un sucesor al trono (1666).

Aquel rey sin energía y que no era amado se dejaba dirigir por su mujer María Luisa de Gonzaga. Cuando ésta murió, en lugar de sentirse libre, se encontró sin impulso, sin guía, sin capacidad y resuelto á abdicar. En vano trataron de disuadirle; retiróse al monasterio de San German de los Prados en Paris, donde este último vástago varon de la sangre de Wasa murió á la edad de setenta y tres años (1668).

Una condicion de la nueva eleccion fué que el rey no podia abdicar ni proponer su sucesor; las intrigas comenzaron de nuevo entre los competidores extranjeros y llegaron las violencias en la Asamblea hasta el extremo de dispararse pistoletazos. En fin, reuniéronse los sufragios y recayeron en Miguel Wisniowiecki (1669). Descendiente de la ilustre raza de los Piast, como habia sido despojado por los cosacos, vivia con una pension, y no se habia procurado un trono para el cual no se consi-

deraba con aptitud, experiencia ni valor. No es de admirar que en medio de tantas tempestades exteriores é interiores perdiese pronto todo el favor, sobre todo por las invasiones de los turcos, de las cuales no se hallaba en estado de defender al país. La nobleza se negaba á levantarse, y no sabía más que formar sus confederaciones armadas, una para sostener la autoridad real y la otra para combatirla. Juan Sobieski, que era el jefe de esta última, salvó á su patria de la guerra civil y de la invasion otomana (1674). Ascendido al trono que tan bien había merecido, pudo libertar á Viena y á la cristiandad.

Como su valor y el de los suyos hacia se desease su alianza, hubiera podido llegar á ser grande, si hubiese conocido los deberes de un rey y los derechos de su nacion; pero, por el contrario, se unió á la Rusia por ambicion personal con objeto de proporcionar un establecimiento á sus hijos, lo que le determinó á ceder al czar las adquisiciones anteriores hechas en Lituania, con Esmolensko y la pequeña Rusia, Kiev y los cosacos zaporo-guas, mediante una suma de 60.000 rublos, y la alianza de este soberano contra los turcos y el khan de Crimea.

Debilitábase, pues, de dia en dia la Polonia. Había renunciado por el tratado de Oliva á la soberanía del ducado de Prusia y cedido la Livonia, que la Suecia le había arrebatado. Abandonaba entonces la Lituania y la Ucrania á la Rusia, de quien hasta entonces había sido superior. No consiguió, sin embargo, con semejantes sacrificios libertar al país de la invasion de los tártaros; y el khan de Crimea se adelantó hasta Leópolis, dejando desierta la comarca allende el Dniester.

Sin embargo, la discordia se había desencadenado en el interior y las dietas eran siempre muy tempestuosas. En su consecuencia la guerra se hacia fuera con lentitud, y ya no fué posible recobrar á Kaminiec, que era su objeto. Sobieski, cuya educacion había sido excelente, que su buen natural, su lealtad en los tratados, su valor caballeresco en la guerra, su cortesania con las damas, su conmiseracion, su lujo, habían hecho considerar por algun tiempo como un héroe, decayó en la opinion pública cuando se vió que se dilataba la guerra con los turcos.

Llegó la economía hasta la mezquindad; y presentándose rara vez en Varsovia, andaba errante de provincia en provincia. Las desgracias del país llenaron de amargura sus últimos momentos. Como se le aconsejase favoreciese á alguno en su testamento: *¿Para qué? dijo: ¿No veis el vértigo que se ha apoderado de los polacos? ¡Cuán desgraciados son los reyes! ¡Vivos, mandamos sin ser obedecidos, y nos habian de obedecer despues de muertos! Alabo á aquel que en vida ayuda á sus parientes y amigos; pero ¿quién sabe si lo que deja pasará á sus herederos? ¿qué ha sido de las disposiciones de mis predecesores? En una nacion en la que el oro manda, el dinero es el que juzga.*

Las cuestiones por su sucesion fueron un verdadero infierno (1696). Las tropas se confederaron para reclamar su sueldo; la viuda de Sobieski intrigó y pleiteó contra sus propios hijos; los lituanos pretendieron que se les igualase en los derechos con los polacos; el hijo de Sobieski ofreció, si se le nombraba rey, 5.000.000 de florines, y 100.000 cada año para rescatar los prisioneros de guerra. Federico Augusto, elector de Sajonia, que no vaciló en arriesgar los tranquilos goces de un hermoso país por el fausto tempestuoso de aquella córte, propuso 10.000.000; teniendo á su disposicion un ejército de treinta mil hombres, recobraría á Kaminiec, la Ucrania, la Valaquia, la Moldavia y la Podolia; haría marchar seiscientos combatientes pagados por él á cualquier llamamiento de la Dieta. Luis XIV intrigaba aún con más actividad en favor del príncipe de Conti; y ya, en efecto, había obtenido las tres cuartas partes de los votos, cuando le fueron arrebatados muchos sufragios á fuerza de dinero, y su concurrente fué proclamado al mismo tiempo que él; pero Augusto venció como más cercano y fué coronado.

Presentóse el príncipe de Conti (1698); creía encontrar un ejército de su partido; los polacos esperaban que llevase millones: el mútuo engaño fué conocido, volviéndose á Francia y Augusto quedó proclamado. ¿Era posible que la autoridad real se sostuviese, cuando la libertad de la eleccion sólo consistía en la de vender su voto? Ya se había dicho que los males de este desgraciado país no debían curarse sino con su muerte política.

CAPITULO XIII.

Rusia.

La superioridad en el Norte pasaba ya de las antiguas potencias á una nueva. Durante tres siglos la Rusia había permanecido extraña á la política y á la actividad civil de Europa, ocupada como lo estaba exclusivamente en reconstruir su nacionalidad sobre la ruina de los mongoles, en constituir su fuerza interior y su monarquía. Los príncipes de Moscou, despues Ivan I, Kalita, hasta Vasili III, el Ciego, se habían dedicado á esta tarea; pero sólo Ivan III pudo asegurar su existencia política. Kalita no obtuvo éxito sino como diestro servidor de los mongoles. Dimitri venció en Mamai; pero vió su capital reducida á cenizas y tuvo que humillarse ante Toktamisch. Su sucesor no se dedicó más que á conservar; aun esto no lo consiguió, y solicitó la benevolencia de los mongoles. Incapaz su sobrino de resistir á un puñado de tártaros, cayó en el envilecimiento. La Horda de Oro y la Lituania militaban en el estrecho horizonte de un imperio que él mismo se ignoraba.

Pero en el momento en que la faz de Europa cambiaba con el descubrimiento de la América, y en el que la nueva política de la casa de Austria, trastornando la Hungría, la Bohemia y la Polonia daba al Norte una importancia política, Ivan III llegó á ser el verdadero fundador de un gran imperio. Empleando alternativamente la fuerza y la astucia; atrevido y reservado; combinando un prudente sistema de guerra y de paz con el Occidente, pero sin querer confundir aún sus destinos con los de sus aliados; hábil en procurarse instrumentos para sus designios, sin servir á nadie, aseguró la independencia de la Rusia, mucho tiempo avasallada á un pueblo nómada, se hizo respetar de Viena en Copenhague, de Roma en Constantinopla, y marchó á la par con los emperadores y sultanes.

Era necesario, ante todo, reunir los diferentes señoríos bajo la ley de un solo jefe que, bastante fuerte para emanciparse de la dominacion extranjera, pudiese recobrar las provincias perdidas y restablecer las fronteras. Tuvo para conseguirlo la ventaja de haber ascendido

al trono á los veintiun años y reinar cuarenta y tres.

Sujetos los grandes príncipes de Rusia á pagar un tributo á la Horda de Oro, se presentaban á los piés del enviado del khan de Kaptchaka y le ofrecían un vaso lleno de leche de burra; si se derramaba una gota en la clin del caballo en que estaba sentado este funcionario, debían lamerla. Ivan se negó á esta humillacion; y cuando el khan Ahmed le envió la órden sellada con el gran sello exigiéndolo, la pisoteó é hizo dar muerte á los embajadores, exceptuando á uno solo para que llevase la noticia á Kaptchaka. Incitado, pues, Ahmed por Casimiro IV, rey de Polonia, invadió la Rusia; pero la gran duquesa María animó el valor de su marido; los sacerdotes despertaron el patriotismo. Detenido Ahmed por el ejército ruso, se vió sorprendido en su retirada por los tártaros scheibans (1480). Fué muerto en medio de la pelea, y la Horda de Oro quedó destruida. De esta manera se encontró la Rusia libre de los tártaros sin haber siquiera corrido el peligro de una batalla.

Independiente ya Ivan, quiso hacerse autócrata. Novogorod conservaba el privilegio de tener jueces y una administracion que le era propia, como Pskov; á ejemplo de las ciudades libres de Alemania, tenía un posadnick ó podestá, magistrados elegidos de la clase media, y grandes asambleas (*vetches*), donde todos los vecinos se reunían al toque de la gran campana. Ivan dijo: *Quiero reinar tanto en Novogorod, como en Moscou; tengo necesidad de dominios en vuestro territorio; renunciad al posadnick y á la campana.* Sometió aquella ciudad por las armas (1471); es cierto que le dejó el gobierno municipal, pero durante la paz adquirió partidarios en él; distribuyó arbitrariamente la justicia, y aprovechándose de cualquiera clase de pretextos, destruyó enteramente aquella república. Fué preciso usar de rigor para reprimir del todo en ella el espíritu de independencia (1478), sentenciar á muerte y trasladar á otras partes muchas personas.

Pskov, hermano menor de Novogorod, conservó alguna sombra de gobierno popular, en una sumision completa. De esta manera se encontraron reunidas poco á poco á la monarquía rusa la Gran Permia (1472), los principados de